



do el Egipto, combatiendo con la carne y con el espíritu impuro; despues vivió muchos años encerrado en una fortaleza destruida de la Tebaida, donde dos veces al año le llevaban pan solo. Habiendo luégo salido de ella á instancias de sus amigos, los sedujo de tal manera con la descripcion de los bienes superiores, que muchos se trasladaron con él al

desierto, por lo cual se convirtió en cenobítica su vida eremitica. De pronto se llenó todo el Egipto de monasterios; fundóse uno en cada punto donde se habia doblado la rodilla de un eremita, y semejantes á otras tantas ciudades, sin mujeres, sin familia, buscaban la union en el aislamiento, y quizá pudo ver cien mil aquel patriarca en su larga vida.

CAPÍTULO XII

Monjes.—Concilios.—Filósofos.—Herejias.

El cristianismo, si embargo, más bien que á inspirar inclinaciones monacales, propendia á insinuarse en la sociedad, por lo cual aquellos mismos monjes salian de cuando en cuando de sus retiros para enseñar, además de que con su austero ejemplo favorecian la enmienda. Separados de los cuidados mundanos y hasta de los de la familia, para no atender más que al alma, buscaban la perfeccion debilitando el cuerpo para ilustrar el espíritu. Estos mártires voluntarios en los desiertos de la Tebaida, se ejercitaban cada uno en su celda en obras de piedad y penitencia, estudiando la moral, pero sin disputas, ni desprecio, ni casi palabras, no sabiendo muchos ni siquiera leer; congregábanse despues para *hacer caridad* con pocas raíces del desierto, tejer esteras, y escuchar de los decanos la lectura de los libros sagrados, sobre cuya enseñanza prolongaban despues sus meditaciones solitarias. No pedian limosnas, pero no las rehusaban; y algunos conservaban una heredad, creyendo necesario el trabajo para no perjudicar á los demas. Toda comunidad tenia su abad, y muchas juntas dependian alguna vez de un archimandrita.

Antonio gobernaba aquellos monasterios como padre; y ó bien vivia con los *lavrros* ó anacoretas, participando de sus tareas, cánticos, estudios, ayunos ú oraciones y contemplacion de los bienes futuros, ó escuchaba las palabras de los demas, y si encontraba en ellas algo útil, expresaba su alegría exclamando: *He aprendido*; ó iba á Alejandria para alentar á los fieles en tiempo de persecucion, ó se retiraba á grutas ocultas, ó labraba la tierra, ó tejia cestas para remunerar los dones de los que recurrían á él pidiendo consejos ó milagros.

Los juces iban ó enviaban á pedir su parecer desde las ciudades; hasta el emperador y sus hijos le escribieron; y á los solitarios que manifestaban aquella admiracion demasiado frecuente con motivo de las condescendencias de los principes, les decia: «Si admirais la dignacion de un emperador, polvo como nosotros» y que volverá á ser polvo, ¡cuánto más no debeis maravillaros de que nos haya escrito y hablado aquel que es monarca eterno! (1).»

(1) El mismo sentimiento respira este pasaje de San Juan Crisóstomo: «Si un grande de la tierra va á visitarlos, entónces principalmente se deja sentir la





Tales eran los sentimientos de dignidad que le inspiraba aquella misma humildad que aconsejaba como primera virtud. Decía á sus discípulos: «Cuando callais no creais que dais pruebas de virtud, sino de que no sois dignos de hablar;» y habiéndosele manifestado en una vision cubierto todo el mundo de peligros, preguntó al Señor: «¿Quién podrá evitar tantas asechanzas?» y le fué contestado: «El que sea verdaderamente humilde.»

Pero Antonio preveía la decadencia futura de la vida monástica, y «llegará un día, decía afligido, llegará un día en que los monjes se construirán magníficos edificios en las ciudades, amarán la vida delicada, y en nada se distinguirán de los mundanos más que por el traje. Sin embargo, en la corrupcion general alguno conservará siempre el espíritu de su estado, y la corona de éstos será más gloriosa, porque no habrán cedido á la multitud de los escándalos.» Así vivió hasta la edad de ciento cinco años.

Así continuaron los *lauros* hasta el año 356, cuando Pacomio, que habia conocido y admirado á los cristianos militando á las órdenes de Constantino, y se habia hecho discípulo de Antonio, perfeccionó aquella vida uniendo los anacoretas en casas comunes (*canovia*), ó colocándolos aislados (*monasteria*), ó bien en recintos (*claustra*), algunos de los cuales destinó para las mujeres.

¡Poblacion singular habia sucedido á aquella antigua de Egipto! Trabajo, sobriedad y caridad constituian su vida; la humildad era la virtud

nada de todo lo que el mundo presenta de más magnífico. Allí veréis un sencillito anacoreta, acostumbrado á remover la tierra, ignorante de todas las cosas del siglo, sentado en un terron al lado de un general orgulloso de su poder y autoridad sobre un ejército. No salen de la boca del solitario viles adulaciones, sino consejos saludables, sublimes discursos que no lisonjean el orgullo, y que serán provechosos para quien los escucha, á lo ménos todo el tiempo que permanezca en aquel santo consorcio; quedará él tambien elevado por los grandes pensamientos expuestos á sus oídos; pero ¡ay! en breve tornará á la bajeza de sus ideas mundanas. Para aquellos piadosos solitarios, los nombres de los grandes, de los príncipes de la tierra, no son más que palabras vacías de sentido: se rien de su fausto y de su magnificencia, como nos reimos nosotros de aquellos niños que hacen de reyes en sus juegos.»

más recomendada, necesaria por lo demás para la estabilidad de aquellas pequeñas repúblicas en que todo se hacia por la autoridad de uno solo y para seguir el precepto evangélico: «No se cumpla mi voluntad, sino la de mi padre.» Renegaban de todo parentesco, no debiendo ligarse con ningun comercio ni recuerdo á un mundo que se habia abandonado. Por consecuencia, se privaban de toda propiedad, de todo afecto, y hasta de la dignidad personal y de la voluntad, no atendiendo más que al porvenir eterno. Era aquella la severidad que Orígenes habia reducido á teoria, para abolir el origen animal del hombre y no conservar más que su fin puramente angélico.

Juan Casiano, escita, que fué á visitarlo con German, compañero suyo de vida monástica (1), fué acogido en Egipto por Archebio, que habia permanecido treinta y siete años entre los anacoretas, y que despues, segun él decía, habia sido arrojado por ellos como indigno, para ser hecho obispo de Panefisa. Habiéndose quitado la piel de cabra y dejado el baston, los guió al traves del país inundado hasta donde se hallaban los otros eremitas, con los cuales discurrieron acerca de las virtudes y de la austeridad. Encontraron los valles llenos de estos devotos, viviendo en los antros de los antiguos trogloditas ó en los sepulcros de la Tebaida. Vestian una túnica larga (*colloba*) de lino, que apenas les llegaba á la rodilla, y cuyas mangas no pasaban de los codos, recogida con un cinturon ó faja de lana, que cayendo por ambos lados del cuello pasaba por debajo de los sobacos, y ceñía las caderas de modo que los brazos quedasen libres; detras pendian pequeñas capuchas, y encima de la túnica un manto de lino tambien (*maforte*), que cubria el cuello y los hombros, y encima de él una piel de cabra (*telote*). No usaban cilicios ni ostentacion alguna de padecimientos; iban descalzos ó con zuecos, y siempre con báculo. En las celdas no tenian más que una estera de junco ó de palma para acostarse, y un haz de hojas de papiro para reclinar la cabeza de noche y sen-

(1) Gennadio, c. 60; Casiano *Collat.* XXIV, 1: superior á todos Ros-Weide *Vite Patrum*.



tarse de día. Por experiencia preferian agua y pan á las legumbres y las frutas; comian doce onzas de pan al día, dividido en dos panecillos (*pasimacia*), uno á la hora de nona y el otro por la tarde, y no aprobaban el abstenerse muchos días seguidos del alimento. Queriendo obsequiar á Casiano con un banquete, le presentaron una salsa de aceite y sal, y tres aceitunas, cinco guisantes, dos cerezas y un higo para cada uno. Casiano nos da una muestra de su paciencia, refiriendo que para dar el superior á aquellos extraños una leccion, aplicó una sonora bofetada á un cenobita, y que éste no manifestó el más pequeño descontento.

Melania, á quien conoceremos despues como discípula de San Jerónimo, se fué al desierto de Nitria á la edad de veintidos años, y encontró al anacoreta más famoso, Pambo, el cual vivia haciendo cestos. Llevábale 300 libras de plata, que pueden apreciarse hoy en 200.000 francos. Sin dejar el ermitaño su ocupacion, dijo tranquilamente: «Dios os lo recompense,» y mandó á un discípulo que distribuyese aquella suma entre los anacoretas de Libia, áun más necesitados. «Yo estaba esperando (decía despues Melania) que me honrase con alguna bendicion, ó que hiciese algun elogio de tan gran presente; por lo cual, viendo que habia vuelto á su silencio, le dije:—Padre, os ruego que advirtais que son trescientas libras de plata.—Y él sin mover la cabeza, ni mirar tampoco la cajita, contestó:—Hija mia, aquel á quien haceis este dón, no necesita saber de vos su valor; el que pesa las montañas y tiene en su balanza las colinas con sus selvas, sabe mejor que vos el peso de vuestra plata.»

Efrem, encomiador y modelo de la vida eremítica, observó que un monje vecino suyo habia borrado en todos los libros el nombre de Dios y de Jesús, y preguntándole la causa, recibió esta respuesta: «La pecadora bañó con sus lágrimas los piés del Salvador, y los enjugó con sus cabellos. Donde quiera que yo veo el santo nombre, lo inundo de lágrimas para obtener el perdon de mis pecados,» á lo cual le dijo Efrem graciosamente: «Dios recompense tu piadosa intencion; pero te suplico que

»tengas alguna consideracion con los libros.»

Por la tarde y por la noche se congregaban para orar, recitando cada vez dos salmos, como les habia enseñado un ángel que habia descendido en medio de ellos para entonar las salmodias, y en esto, como en la oracion y el atavío, seguian enteramente las indicaciones del que los presidia. El sonido de un cuerno los convocaba á la oracion, y uno observaba las estrellas para despertarlos de noche á la vigilia prefijada: de día no se reunian para orar juntos más que el domingo, y el sábado para la comunión, orando los demás días en sus celdas, y trabajando para evitar el ocio y procurarse el sustento.

Cinco mil de estos monjes habitaban el monte Colsim; quinientos en un solo monasterio, donde segun la tradicion habia habitado fugitivo Jesús siendo niño; mil en otro de la Tebaida, donde sólo entraba el que estaba dispuesto á no salir de él, y cerca de dos mil junto á Antinópolis. En Oxirinka llegó el número de monjes á ser mayor que el de ciudadanos, ocupando los edificios públicos, los templos que habian cambiado de Dios, las puertas y las torres; veinte mil vírgenes y diez mil monjes hacian resonar el aire de día y de noche con alabanzas al Señor, ejerciendo la hospitalidad y las obras de misericordia. Sin contar los muchos monasterios pequeños, en el de Tabena en la Tebaida Superior estaban inscritos mil cuatrocientos monjes, y cuando acudian por la Pascua de todas partes, ascendian á cincuenta mil. El resto del tiempo cada monasterio estaba dividido en muchas casas, habiendo en cada una de ellas veinte ó cuarenta monjes dedicados al mismo oficio, como estereros, tejedores, sastres y hortelanos, y cada casa estaba señalada con una letra del alfabeto, que cada monje llevaba en su túnica. Separados así del mundo, no solamente con el corazon y el entendimiento, sino tambien con el cuerpo y los miembros, parecia que no necesitaban ya ni ideas para la vida intelectual, ni alimento para la material, semejantes á muchos helechos que ostentan su alegre verdor sobre las rocas más desnudas, ó al arbusto que





sin tener sus raíces en la tierra crece sólo con el alimento que recibe de arriba.

Desde el Egipto se propagó la vida monástica por la Palestina, la Siria y toda la cristianidad; después le dieron reglas particulares San Basilio y San Agustín, siempre, sin embargo, sin votos, hasta que San Benito introdujo una disciplina más estricta. Los monjes no se consideraban como parte del clero; pero en breve se presentaron predicando y recibieron las órdenes. Al principio disgustó esta novedad al clero secular; pero el segundo concilio de Nicea dió á los abades de los monasterios poder para conferir las órdenes menores, y aseguró así á los monjes la dignidad clerical.

El cuidado con que vemos á los grandes santos huir del sacerdocio, era comun á los monjes de virtud más austera. San Epifanio, obispo de Chipre, escribía al de Jerusalem la manera de que se sirvió para ordenar á Pauliniano en estos términos: «Mientras se celebraba misa en una iglesia de una aldea junto á nuestro monasterio, y él no lo esperaba, le cogieron varios diáconos, y taparon la boca á fin de que no nos conjurase en nombre de Cristo para escaparse; ordenado diácono, le infirmamos en nombre de Dios que desempeñase sus funciones. Él se resistía con todo su poder, sosteniendo que era indigno de ello; y fué preciso casi violentarlo, después de haberle fatigado bastante, persuadiéndole con los testimonios de la Escritura y las órdenes de Dios. Cuando hubo llenado las funciones de diácono en el sacrificio, le hicimos de nuevo tapar la boca, y le ordenaron de sacerdote con mucha dificultad, determinándole después con las mismas razones á sentarse entre los sacerdotes.»

Napoleon decía que era menester un asilo para las grandes desventuras, un refugio para las imaginaciones excitadas; pero aquellos monjes, dedicados á la oración, á la instrucción, á la hospitalidad y á la conversión, causaban miedo á los libres partidarios de la tiranía. Nuestra época está libre de ellos; es feliz, y puede considerar si han producido algún bien, y si eran oportunos en su tiempo. Hombres cansados de las pasiones sanguinarias

y soberbias, amantes de Dios y del prójimo, con un amor que los separaba de sí mismos; almas melancólicas que se complacían en una tranquila admiración de la verdad, y buscaban la suave poesía del silencio y el varonil placer de la abstinencia, se retiraban al desierto ó á los conventos, refugio de las persecuciones, buscando en ellos algo estable en medio de la conmoción universal y el olvido completo del mundo, ó el valor para volver á él á curarlo de sus males y errores.

Mucho tiempo continuaron en Oriente aquellos prodigios de mortificación que la Iglesia propone para que se admiren, no para que se imiten. Algunos se llamaban no durmientes (acemáticos), porque ni de día ni de noche cesaban de entonar salmodias; otros disputaban en la Persia el alimento á las fieras; Macario de Alejandria permanecía una cuaresma de pié sin comer otra cosa más que algunas hojas espinosas el domingo; otros no pronunciaban una palabra hasta la muerte, y Simon Estilita vivió treinta años encima de una columna.

¡Locuras! decimos nosotros; pero aquella renuncia admirable de la vida y del amor de sí mismos, seducía la imaginación de los pueblos rudos, y daba á los civilizados una idea sublime de una religión capaz de conseguir el triunfo absoluto del espíritu sobre la materia. Acudían en tropel los peregrinos á la columna del Estilita; las reinas de Arabia y de Persia pedían su intercesión, y Teodosio II sus consejos; en vida se disputaban los sarracenos sus bendiciones, y después de muerto sus reliquias.

El estilita Daniel fué más admirable, por vivir en un clima rígido al norte del Euxino, sobre una montaña expuesta á los vientos y á los hielos; en su columna recibía las visitas de los bárbaros y los romanos; el emperador Leon le consideraba como la salvaguardia de su reino, y remitió á su decisión un tratado que habia hecho con algunos extranjeros. Cuando después agitó un cisma á la Iglesia de Antioquia, el patriarca de Constantinopla envió orden á Daniel para que descendiese á fin de apaciguarlo; obedeció éste después de una larga resistencia, y así que hubo calmado los ánimos, volvió á su extraña penitencia.



Referen los hagiógrafos, que habiendo salido un día Teodosio el Joven de su palacio para hacer ejercicio, se dirigió á uno de los barrios de Constantinopla para visitar á un solitario de gran santidad. Habiendo entrado de incógnito en la pobre celda, se puso á hablar con él acerca de la vida monástica y de aquellos prodigios del Egipto, y mirando al rededor, y no viendo más que algun mendrugo de pan en la cesta, le dijo: *Padre, dadme vuestra bendición, y después comeremos.* El solitario tomó agua, echó en ella algunos granos de sal y un poco de pan, y bebieron y comieron juntos. El emperador así que se hubo descubierto exclamó: *¡Oh! ¡felices vosotros, que en la soledad, libres de las penas del mundo, pasáis la vida pacífica y tranquila sin más cuidado que el de las almas, sin más pensamiento que vuestra perfección, y el de haceros dignos de las recompensas eternas! Yo, que he nacido entre la pompa del trono, puedo decir con verdad que siempre me he sentado á la mesa con el ánimo oprimido por los cuidados.*

Sería menester, para que estas cosas agradasen á algunos de mis lectores, que impusiese á estos penitentes los nombres de Crates, Diógenes y Fabricio. Es muy natural que se burlen de estas virtudes aquellos que admiran á los héroes homicidas, la libertad arrebatada á las naciones, y la gloria de matar á mayor número de hermanos. Pero si algun hombre feroz, no conociendo más freno que los límites de su propia fuerza, á la vista, ó á la voz de un piadoso anacoreta suspendió la muerte de un padre, ó la violación de una esposa, yo bendigo á Dios que escoge en su misericordia los medios más á propósito según los tiempos.

Aun siendo cierto que se reunieran los apóstoles en Jerusalem para formar el símbolo de la fe comun, no puede llamarse esta reunión un sínodo: si bien tiene sus formas, pues disputándose entre los fieles si estaban ó no obligados los convertidos á circuncidarse y á las demás ceremonias judaicas, fueron convocados los cinco apóstoles que pudieron serlo. Pedro presidió la asamblea, proponiendo las cuestiones y exponiendo el primero su parecer; los demás lo emitieron después, fundando en las Escri-

turas y en el consentimiento universal la decisión, expresada con la fórmula: *Parece al Espíritu Santo y á nosotros*, la cual fué comunicada en seguida á las iglesias particulares, no para que la discutieran, sino para que la recibiesen con entera sumisión (1). Esta asamblea sirvió de tipo á las restantes. No fiándose los obispos en su juicio, pedían el dictamen de los demás, y decidiendo en comun, encontraban á los hermanos más dispuestos á ejecutar lo que juntos habian deliberado. Alguna vez, además de los sacerdotes, diáconos y principales del clero, se consultaba el voto de todo el pueblo, especialmente en las cosas de general interes, como eran las ordenaciones.

En Grecia y en Asia, donde quedaban restos ó memorias de las ligas de los Anfictiones y del Panjonio, se reunieron los primeros concilios provinciales, que después se convocaban en épocas fijas, una ó dos veces al año, presidiendo el metropolitano, del cual eran una especie de consejo. Así como en Inglaterra en los primeros tiempos de su gobierno representativo, cuando se formó la Cámara de los Comunes, se multiplicaban las órdenes á fin de que se reuniesen los parlamentos con frecuencia y regularidad, así tambien procedía la Iglesia con los concilios, queriendo que se celebrasen dos veces al año, y que no se disolviese uno sin haber señalado el sitio y la época del otro. Esto conservaba la union entre los sacerdotes aproximándolos, y consolidaba la disciplina; y cuando las persecuciones lo impedían, se suplían aquellos con cartas. Las decisiones (*cánones*), robustecidas por el consentimiento unánime de los obispos, sostenidas por la representación del pueblo y del derecho divino, adquirían fuerza de ley para la provincia.

El primer concilio cierto, pues el de Antioquia se cree supuesto, se celebró en Pérgamo; y en seguida se tuvo otro en Hierápolis contra las herejías de Valentin, de Montano y de Teo-

(1) Los cincuenta ó ochenta y cuatro *Cánones* que llevan el nombre de los apóstoles y las *Constituciones apostólicas* referidas por Labbe, pueden ser de aquellos tiempos, pero no de los apóstoles. Los cuarenta y siete que se refieren al segundo bautizo de los herejes, son obra posterior, porque nunca los vemos citados en controversias relativas á aquellos puntos.